

gentes que habían sucumbido por la libertad y ya dormían besados por la gloria de un hermoso triunfo!...

Trujillo se abre paso con denuedo entre la caballería enemiga, acompañado de Iturbide y cosa de cincuenta fugitivos resto de sus granadas tropas; llega á Cuajimalpa donde se hace fuerte; pero acometido rudamente tiene que abandonar la Venta y seguir hasta el pueblo de Santa Fé, llevando en el alma la vergüenza de la derrota y la firme convicción de que al siguiente día arderá la capital de la Nueva España, presa de los horrores de espantoso saqueo, ocupada por las hordas de Hidalgo.



## IV

## EL COMBATE DE ACULCO

Después de la decisiva derrota de las fuerzas realistas en el *Monte de las Cruces* frente á la poderosa capital del virreinato, después de ese magno triunfo de las huestes insurgentes que lograron de pronto y con el mayor éxito abrirse el camino de México, á una jornada apenas de esta ciudad, el más bisoño teniente hubiera seguido hacia adelante para aprovechar la victoria, sabiendo que en la plaza reinaba el mayor pánico y estaba casi inerme.

Pero tras de las jornadas de Toluca, Lerma y las Cruces tan bien dirigidas hacia el objetivo de tomar México, tras marcha arrolladora y sangrienta, en el momento en que la gran selva repercutía las dianas y los cantos de victoria de las multitudes insurgentes que se encaramaban en las próximas alturas hasta dominar el grandioso lejano Valle donde se asentaba la codiciada capital, Hidalgo, sombrío y taciturno, vacila, titubea como siempre, y cuando Allende el intrépido vencedor le habla de seguir y caer sobre la gran ciudad, el Generalísimo mueve la venerable cabeza

como diciendo : *No mas allá*. No... no quiso descender sobre la regia presa tan fácil de conquistar...

Refiere la leyenda que hubo esa noche de triunfo, mientras se levantaba el campo de batalla del *Monte de las Cruces*, á los fulgores de las rojas luminarias, al son de los cantos de los vencedores ahitos de gloria, un grave altercado entre el Generalísimo Hidalgo y el Capitán General Allende.

Éste optaba por caer sobre el Valle, sin vacilaciones, dirigiéndose hasta el centro, aprovisionándose en los pueblecillos de los alrededores de México, aprovechando la profunda consternación de aquel vecindario de ricos y nobles, magníficos funcionarios y clérigos, incapaces de defenderse en una ciudad entonces fácil para cualquier golpe de mano.

En efecto, se imponía semejante plan y era preciso ejecutarlo sin pérdida de tiempo... ¡Aprovechar, aprovechar el triunfo! No dejar rehacerse al enemigo... y dado el pánico de la ciudad, tras de la rota de la división de Trujillo, atacar la capital á todo estruendo, tomando las cuantiosísimas riquezas que encerraba, hiriendo en el corazón al poder colonial con el saqueo, el incendio y la decomisación de provisiones de todo género, haciéndose de caudales y atrayendo gente del pueblo, que se entusiasmaría por la causa de la libertad en cuanto se le hablara!

¡ Ah! no había que perder un minuto!... ¡ La gran ciudad brindaba con su servilismo indolente y su pompa oficial inútil y cobarde, su posesión al enemigo.

— ¡ Sobre México, sobre esa capital riquísima, señor!... ¿ Á qué hemos venido?... ¿ Por qué atacamos en difícil campaña en lo alto de este monte un enemigo tan superior en calidad; un verdadero ejército,

sino para abrirnos paso hacia el centro y núcleo de la Nueva España?... ¡ Á México, señor!... No dudemos un instante. ¡ Sobre ella!

Así se expresaba Allende ante el caudillo de la Independencia, escuchando sus entusiastas palabras los principales jefes, comprendiendo toda la razón que le asistía.

Hidalgo — ya lo hemos dicho — no era guerrero, ni comprendía el peso de las frases de un militar inteligente y firme como Allende... El buen cura tenía sus escrúpulos; se alarmaba al pensar en los estragos de un saqueo cien veces más atroz y tremendo que el de Guanajuato... y se veía luego acosado en el Valle ó en las mismas calles de México por las tropas realistas de Calleja y Flon que del Norte avanzaban sobre él... Agregaba, por otra parte, para apoyar su contramarcha, que estaba escaso de municiones y temía no poder forzar las tropas que el Virrey Venegas colocaría en los puntos de ataque.

Siempre fueron esas vacilaciones las que perdieron á Hidalgo y los suyos, y los llevaron á los tristes desastres y hecatombes que un buen jefe táctico hubiese evitado...

No escuchó ni quiso secundar á los buenos militares... y sin plan fijo, sin objetivo de campaña, sin fin hacia el que dirigirse, normando sus operaciones, fluctuó lamentablemente en sus proyectos, rehuyendo un asalto cuando era preciso y de éxito fácil, ignorando las maravillas de la estrategia.

Innumerables autores defienden su actitud al no querer entrar á México; mas es seguro que Morelos, Guerrero, Mina y otros bravos y aptos capitanes hubieran ejecutado esa entrada. ¡ Qué golpe para el

virreinato! ¡Qué pasmo por todas partes! ¡Qué debilitamiento de las fuerzas realistas!

Al aproximarse al Valle Flon y Calleja, podría él evitar su encuentro saliendo de México, internándose en los laberintos del Sur, fraccionando su ejército en guerrillas ricas y contentas, que irían á llevar la antorcha purificadora y siniestra de la guerra y del incendio...

Así se expresan otros autores respecto á la contramarcha de Hidalgo al Interior cuando tenía abierto el camino de la capital de la colonia para dar golpe de maza al poderoso enemigo.

Hemos consultado veteranos y tácticos conocedores de esas tragedias épicas, y la mayor parte optan por dar la razón á Allende, que urgía por aprovechar el triunfo y caer sobre México, opinión que está con la nuestra por ser la que impusieron los acontecimientos de aquella guerra desigual y atroz ¡pero gloriosa para todos los mexicanos!

En efecto, en la gran ciudad de los virreyes hubo *procesiones, rogativas, tedeums* y una actividad medrosa por ocultarse y esconder caudales, teniendo por seguro que los insurgentes atacarían el 1º de Noviembre incendiando, saqueando y profanando casas, palacios y templos...

El Virrey mandó situar tropas por las calzadas del Poniente, — tropas improvisadas y medrosas, — cañones en Chapultepec y patrullas avanzadas para que diesen la fatídica señal de la aproximación del formidable ejército *de los vándalos de Hidalgo, — monstruo demoníaco, como se lo imaginaban todos los españoles*. Se nombró *Generala del Reino á la Virgen de los Remedios* y el mismo Virrey le confirió el bastón

de mando, con gran pompa y solemnes manifestaciones oficiales ridículas.

El derrotado Trujillo, sabiendo desde Chapultepec que Hidalgo se dispone á levantar el campo y á contramarchar, rinde de acuerdo con el Virrey Venegas un parte triunfal por el que había de ser considerado este torpe jefe, ¡oh triste sarcasmo! como el Leónidas del monte de las Cruces!

Alejado el peligro volvió la alegría á la buena ciudad virreinal, en tanto que allá en los llanos del Norte se aproximaban las fuertes divisiones de Félix Calleja y del Conde de la Cadena, tipos sanguinarios que iban á entrar bien pronto en escena en el vastísimo teatro de aquella guerra.

\*  
\*\*

Guarnecía San Luis el brigadier Don Félix Calleja del Rey, quien según rápidas órdenes de Venegas y por propia iniciativa, organizó tropas al instante, requiriendo hombres, acémilas, equipo y tesoros, suministrado todo ello por ricos propietarios de inmensas haciendas, que eran los más amenazados, naturalmente, en aquella revolución que proclamaba en el fondo *Libertad é Independencia*. Los representantes de la Iglesia, riquísimos aún más que los hacendados, también pusieron gente, bestiaje, armas, provisiones, equipo y dinero á disposición del brigadier Calleja...

Este jefe forma una división de cinco mil caballos, seiscientos infantes y ocho piezas de artillería, distribuidas en dragones, compañías ligeras, lanceros y regimientos provisionales.

En la hacienda de la Pila, muy cerca de San Luis, estableció un gran campamento donde estuvo recibiendo los hombres y caballos que le enviaban de todas las fincas; dando instrucción á los cuerpos que se iban integrando, educándolos en la más severa disciplina. Entre ellos se había de distinguir bien pronto el que organizó con el nombre de *Patriotas del Potosí*, al que vulgarmente llamaron después de *Los tamarindos* por estar sus individuos uniformados de gamuza, en vez de paño, que estaba muy escaso.

Abandona á Riaño quien desde Guanajuato le pide auxilio angustiosamente en visperas de ser atacado por Hidalgo, y sale del campamento de la Pila el 24 de Octubre, rumbo á Dolores, donde habrá de reunirse con las fuerzas del Conde de la Cadena.

El día 22 partió de Querétaro este veterano con las tropas con que salió de México, amenazando á los habitantes de aquella ciudad en una abominable arenga, con hacer derramar ríos de sangre en sus calles si sabe que muestran simpatía á los *rebeldes bandidos*, á quienes, asegura, va á hacer polvo.

Al pasar por San Miguel el Grande manda que sus tropas entren á saco en las casas de Aldama, de Allende, del Coronel la Canal, y otras... y la fuerza realista, que representa el orden, da el ejemplo, con el saqueo, de un bandidaje indigno, inexcusable en fuerzas bien pagadas, instruídas y educadas en la disciplina más severa, tropas que representando el gobierno, el orden y la ley son lanzadas oficialmente al pillaje y al asesinato. Cuando se reunieron en Dolores las dos divisiones, se repitieron las mismas escenas de saqueo en las casas de Hidalgo y en las de todos sus adictos.

Desde ese momento, ante este ejemplo de atroces represalias, se cerraba la puerta á todo acto de nobleza y de caballerosidad por parte de los insurgentes. ¿Qué extraño que la guerra fuese ya sin cuartel, implacable y bárbara?...

¿Qué misericordia, ni qué estipulaciones de caballerosidad y honor podrían pactarse, si los mismos Señores Brigadieres, nobles que ostentaban viejos blasones, se igualaban en sus arrebatos de venganza con los *plebeyos bandidos de reata, tranchete y honda, que formaban las chusmas del fermentido Hidalgo?*...

Calleja, en Dolores, toma el mando del cuerpo de ejército que forman las dos divisiones unidas y al frente de dos mil infantes, siete mil caballos y doce piezas de artillería de á cuatro, atraviesa todo Guanajuato, recibido por las corporaciones municipales, los eclesiásticos y propietarios — todos españoles por supuesto — como un salvador *contra las incursiones del bandidaje de los que se llamaban independientes*.

Va á dirigirse por Celaya y Acámbaro; pero sabe que nuevos insurgentes de San Juan del Río excursionan, unidos con otros de Michoacán, levantados al eco del grito de Dolores, — y entonces endereza hacia Querétaro, donde antes se librara un combate entre las guerrillas improvisadas y la fuerza escasa de la ciudad, haciendo ésta retroceder á aquéllas, que iban casi inermes, pero que bien podrían cargar de nuevo, amagando el Bajío.

Dejando Calleja bien guarnecido Querétaro, sale en auxilio de la Capital de la Colonia amenazada por los rebeldes, según noticias terribles; llega á Arroyo-Zarco el 6 de Noviembre y allí recibe estupefacto la nueva de que Hidalgo está cerca con multitud de gente

indisciplinada, sin armas, y en informes grupos que parodian columnas, ocupando Aculco.

En ese mismo instante el Generalísimo sabía por su parte, sobresaltado, que Calleja unido al Conde de la Cadena, le saldría al encuentro, sobre el camino de México.

Ni uno ni otro caudillo esperaban encontrarse tan pronto ni tan cerca, y los dos adversarios debieron estremecerse al propio tiempo, por diversas emociones!

¿Podría asemejarse á algo que pareciese ejército el conjunto de hombres que conducía con su aliento y anhelo de libertad el cura de Dolores, cuando ni el más rudimentario servicio de avanzadas, grandes guardias, exploradores, escuchas y centinelas podía establecer con seguridad?

Y lo que no quiso ejecutar en *Las Cruces*, descendiendo sobre México, presa del pánico y de la angustia, — conquista asegurada, — se propuso cometer y perpetrar ante el pueblo de Aculco : ¡ Resistir al cuerpo de ejército de Calleja y Flon, divisiones perfectamente fuertes, aguerridas, armadas, instruídas y con oficiales inteligentes y numerosos, amén de buena artillería!

¡ Llevó el inmortal Padre de la Independencia sus huestes á la dispersión y á la muerte en esa primera trágica derrota de Aculco!

Soñó en poder resistir con brío y éxito un ejército disciplinado — ¡ un verdadero ejército! — sin más ciencia Hidalgo que una falsa idea de lo que pueden las masas en el primer impulso.... y los mismos que le aconsejaron bajar al Valle y acometer México, le suplicaron evitase el encuentro con Calleja.

Vaciló de nuevo... perdióse el tiempo... y ya no fué

hora sino de conducir sus cuarenta mil hombres hacia una loma cuadrangular cerca del pueblo.

Allí formó tres líneas, frente al camino por donde se extendían los frentes de las fuerzas de Calleja... Entre las líneas en batalla, constituidas por gentes semi-armadas, puso á los que no tenían sino garrotes y piedras.

En la reserva colocó rancheros bravos y fieles lo mismo que en los extremos de los flancos... En el centro de la segunda línea de batalla, en el labio saliente de la loma, su pobre artillería, apenas malamente atrincherada con los cañones quitados al Coronel Trujillo, dispuesta á disparar sobre el fondo del enemigo al aparecer en el llano atacando la eminencia.

Pero esta artillería estaba tan mal servida y en tal estado de destrozo, que una vez apuntadas las piezas no podía cambiarse la puntería, la que estaba sumamente alta, cosa que comprendió al instante Calleja, por lo que la despreció completamente, avanzando con sus columnas en masa, al paso, bajo el inofensivo fuego de aquellos pobres cañones.

Agréguese á esto que aun los más ignorantes de los indios que llevaba Hidalgo comprendieron la mala disposición del frente de batalla, demasiado extenso, flojo, inmovilizado y sin reservas sólidas para proteger la retirada.

Triste mañana fué la del 7 de Octubre, preñada de fatales presentimientos, bien fundados por desgracia!

Calleja se dispuso al ataque con toda la seguridad de un triunfo facilísimo. Formó cinco columnas llevando dos piezas de artillería cada una, precedidas por extensa vanguardia de tropas ligeras de á caballo — escopeteros — en orden abierto... Á retaguardia un escuadrón de lanceros en masa, y como reserva dos

líneas de fuerzas paralelas... Los mejores jinetes, — armados de lanzas, — de las divisiones fueron escogidos para integrar una sección que envolviera por su derecha la posición enemiga, que exponía su retaguardia impunemente.

Al avistarse las columnas realistas rompió el fuego la artillería insurgente, pero no tenían las piezas la necesaria precisión y alcance y, además, la puntería era muy alta, y muy pocos tiros se aprovecharon.

Sin embargo, debió ser el daño de su fusilería y de sus honderos mayor del que se lo había imaginado Calleja, porque mandó suspender el avance y ordenó el pase de las columnas profundas á extensas líneas de batalla — *línea desplegada* — extendiendo el frente y disminuyendo el fondo de ataque, buena disposición táctica que contribuyó además á permitir que la caballería flanqueara por la derecha, yendo á tomar la retaguardia.

El centro realista, — tres columnas, — avanzó al asalto sobre la colina, disparando escalonadamente sus cañones... Hubo descargas de fusilería sobre los asaltantes, así como lluvias, — verdaderas tempestades — de piedras que lanzaban con sus hondas los innumeros indios... Hizo tal estrago la artillería de los españoles, que hubo de cejar en desorden la primera línea insurgente arrastrando á la segunda...

Pronto faltó cohesión, y principió la desbandada á retaguardia ¡huyendo todos por la espalda de la loma cuando apareció la caballería flanqueadora, que acuchilló á su gusto á las muchedumbres de indios... Y, digámoslo de una vez, ante la sorpresa del desastre, llegó el pánico, el terrible pánico que saben conocer todos los soldados del mundo...

La retirada se hizo en desorden, abandonando trenes, cañones, equipajes y prisioneros en una dispersión fatal incontenible!

Ese triste combate de Aculco que Hidalgo debió haber rehuido á toda costa, aun dejando al enemigo, de escalón en escalón, guerrillas con carros de bagajes para entretenerlo y dividirlo, retardando la persecución hasta poner en salvo el grueso de las tropas con sus recursos principales, sus banderas y sus estados mayores y cuadros de valientes, que serían, como sucedió más tarde — núcleos de fuerzas constituidas — ese triste encuentro aunque costó cuantiosos recursos, vidas y momentáneos conflictos, no fué como lo creyeron los jefes realistas, un golpe mortal á la insurrección. ¡Acaso esa derrota engendraría los futuros triunfos para las armas de la libertad!

Se perdieron en el choque de Aculco ocho cañones, once cajas de pólvora, cuarenta botes de metralla, cincuenta balas de hierro, diez racimos de metralla, trescientos fusiles, dos banderas, un carro con víveres, mil trescientas reses, mil seiscientos carneros, doscientos caballos y mulas, varios carros de equipos y heridos, diez y seis carruajes para jefes principales y prisioneros, y lo que es peor, seiscientos hombres apresados y doscientos entre muertos y heridos. Veinte y seis soldados de regimientos Provinciales de los insurgentes prisioneros fueron *quintados* ¡y fusilados por Calleja los que obtuvieron el siniestro número!

¡En cambio los hombres de la Independencia habían respetado las vidas de los coroneles prisioneros Rul y García Conde y del subdelegado Merino, quienes iban en coches, bien tratados y que obtuvieron su libertad á la hora del desastre!

¡ Y aun así el historiador Alamán, eterno impugnador de la gloria de Independencia, reprocha á los libertadores las ejecuciones fatales que tenían que ordenar en el momento de las venganzas y las represalias, caliente aún la sangre del combate!

Ochenta y cinco muertos y cincuenta heridos tuvieron los realistas y no uno, como asienta el brigadier Calleja en su parte oficial al Virrey Venegas.

Parece que el desastre fué atroz por sus efectos morales casi irreparables, y mas aún si se tienen en cuenta las deserciones y dispersiones consecuentes á la fatal derrota; mas tal es el vigor de los grandes ideales de los pueblos oprimidos, que este revés no minó la causa insurgente, pues mientras se reunían nuevas fuerzas vivas en torno de los estandartes de Hidalgo, y otros jefes y caudillos proclamaban las mismas ideas de independencia y libertad, levantándose súbitamente y como por encanto multitudes ávidas de lanzarse á las mismas nobles aventuras...

Además, el gran Morelos había empezado á cumplir su palabra al cura de Dolores...; marchaba sobre el montañoso país del Sur con todo el poder de un genio marcial!

Afirmamos todavía más. Fué utilísima á la causa de la Independencia la desgraciada acción de Aculco...; fué un ejemplo dolorosamente fecundo que no dejarían de olvidar los caudillos del porvenir!

Calleja dió una buena lección de táctica que había de enseñar á combatir contra los hábiles jefes hispanos, á las pobres huestes insurgentes.

La Guerra de guerrillas y escaramuzas, en los bosques y en las montañas, era la única posible, mientras no hubiese organización, disciplina y elementos propios.

Ya iban á brotar por cien puntos á la vez los jinetes bravíos, los hábiles y gallardos charros, tendiendo el lazo de sus reatas terribles; ya tras las últimas derrotas de las masas independientes, iban surgiendo las pequeñas y rápidas bandas, las guerrillas que con alas de condor se multiplicarían en las sierras, entonando el mismo cántico de libertad!

Toda una nueva táctica formidaría á los realistas después de las tristes lecciones, de las que aun faltaba la más terrible para las armas libertadoras!

